


# *Pregón de Semana Santa*

ANTONIO ÁNGEL BOTÍAS SAUS

Murcia, 2012

Ilustración de portada:

*Acuarela del Paso de Los Azotes*, de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, realizada por José María Falgas con motivo del Pregón.

ANTONIO ÁNGEL BOTÍAS SAUS

# *Pregón de Semana Santa de Murcia*

## 2012

*En el Teatro Romea,*
*la Víspera del Viernes de Dolores*
*29 de marzo de 2012*

Sospeché que no te encontraría. Y mira que te busqué, apartando el aroma a azahar que tintinea en los brazos de luz, en la cuesta bendita a la salida de San Antolín, junto a las banderas que cuelgan como suspiros magenta de los balcones de la plaza inmaculada, en la Trapería con sus ventanales que son palcos sobre la carrera, entre la penumbra que envuelve al Cristo de la Sangre sobre el Puente, en los requiebros de incienso de Las Angustias por Las Flores, en el aroma a pasteles crujientes, incluso en las entretelas del Pendón Mayor de Jesús. Pero presentí que no estarías, que se quedaba huérfano el bendito rosal que trepa por el madero del Perdón, que la Esperanza galana de San Juan lloraba por ti y la burla es de ti de quien se burlaba.

Te juro que pregunté por las esquinas a los sayones cuando cruzaban El Arenal, y corrí aún más allá,

MURCIA NAZARENA

hasta Frenería, por si acaso arrimabas el hombro al paso frailuno de Santa María de los Ángeles. Nadie me dio razón de ti, nazareno huertano. Nadie recordaba siquiera aquellas medias centenarias que vestías, por donde trepaban clavellinas de colores bordadas como en paño de túnica. Ni la corbata estampada, que en tantos años de luto cambiaste, rabiando de pena y ausencia, por la negra. Ni tampoco el pañuelo de colores húmedos porque lloraba tu frente y que abrazaba, bajo el capuz, tus sienes plateadas.

¿Te acuerdas, maestro de punta tarima, cómo se encaran los pasos en las cancelas de las parroquias, cómo inician su santa travesía tal que veleros de maderas centenarias hacia el corazón de la Murcia nazarena? Yo sí lo recordé al ver a la Samaritana remontar el Puente Viejo. Y después alcé los ojos a la noche de primavera, a la oscuridad que desdibuja el incienso, acariciando el rostro de ese Cristo que estremece San Lorenzo, por si andabas camino de una nube para espantarla. ¡Ay, qué madrugadas de insomnio de estante inquieto, de vigilia de túnica colgando de la puerta en una percha! ¡Ay qué ayunos de Semana Santa, qué noches pendiente del parte de la radio,

escrutando estremecido las nubes y musitando oraciones y juramentos para espantar la lluvia!

Alguien me advirtió, nazareno huertano, de que te llevaron. ¿De qué otra forma te perderías estos días de gozo? Te fuiste hace unos meses camino del cielo, sin avisar ni a los tuyos, a tus hermanos de vara y esparteñas con suela falsa de goma. Me contaron que en tu casa, que linda con un brazal donde aún se enseñorean las ranas, continúa inmóvil sobre el quebrado armario de luna el gorro de tu pañuelo. Nadie se atreve a rozar siquiera el rosario de plata y perlas, ése que tanto te gustaba lucir. La flor de tu liga, con ser flor antigua, parece marchita. Me lo decían; pero no podía creerlo.

Hasta el último instante te busqué, desde la cabeza de cada procesión, junto a los carritos de chucherías, por las filas de sillas descoloridas cuajadas de gente, incluso más allá de las últimas bandas y las presidencias y los efímeros riachuelos de cera. Sentí entonces que si quería encontrarte debía venir aquí esta noche para recordarte. Y por eso a ti, nazareno huertano, padre o esposo, hijo o hermano, amigo que esta

noche ocupas una butaca de excepción en el teatro del Cielo, quiero dedicarte mis palabras. Y junto a ti, a mis hijas, por aquella tarde en que me preguntaron viendo pasar a Cristo: "¿Por qué llora Jesús, Papá?".

*Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo.*
*Excmo. Sr. Alcalde de Murcia.*
*Excmo Sr. Presidente y Real Cabildo Superior de Cofradías.*
*Excmas. e Ilmas. Autoridades.*
*Queridos hermanos en Cristo.*
*Murcianos, Cofrades y amigos.*

La espera está a punto de terminar. Y lo hará con la ilusión que encierra el suspiro de un joven enamorado que al fin recibe, después de interminables noches de insomnio, el ansiado beso de la amada. Y lo hará con la inquietud del estante nuevo que sueña todo un año con sentir la madera mordiéndole el hombro cuando se enseñoreé en esa prisión provisional que es el cepo. Y lo hará con el tremor del aire de tantos meses atrincherado como en vigilia en los pulmones, aguardando que su aliento nazareno acaricie el metal dorado de los carros bocina.

Apenas restan unas horas para que el aroma a incienso, entre un revuelo de capuces azules vuelva a tejerse con el azahar, los brazos de luz sumen sus destellos al suave atardecer en la huerta y la primavera, que comienza a envolver a Murcia con su manto de flores, rivalice en belleza con los espléndidos estofados y mantos, con el fulgor de la plata en las coronas o el pan de oro que, fraguado en increíbles volutas, deviene en altar y retablo sobre el que Cristo regresa con nosotros.

Señor Presidente del Cabildo Superior de Cofradías, mi querido Antonio Ayuso, gracias de corazón por esas palabras de cariño, sin duda exageradas y fruto de la amistad. Gracias también al resto de dignísimos miembros del Cabildo por confiar en mí la tarea de anunciar la más inmensa noticia que el mundo conoció. Y gracias a nuestro Alcalde, D. Miguel Ángel Cámara, por la espléndida restauración de este Teatro y por impulsar que el Pregón de Semana Santa, como desde hace años demandaban tantos nazarenos, se celebre entre sus centenarias paredes.

Señores cofrades que hoy en improvisado Cabildo escucháis mis palabras. Perdonad que este Pre-

gonero emprenda la tarea inalcanzable de describir vuestro esfuerzo y dedicación, el sentimiento nazareno que cada año retoña en nuestros corazones, la belleza que emergió de las manos de Salzillo, Roque López, Bussy, Planes, Sánchez lozano, González Moreno, Hernández Navarro, Liza, Labaña o Henarejos... y tantos otros. Tened compasión de mí, aunque sea como última penitencia en la Cuaresma que se deshace.

Este Pregón se nutre, no sé si con acierto, del detalle, de esas pinceladas que siendo quizá una porción insignificante del retablo de la Pasión y Gloria del Señor condensan en un instante, como sucede con el pestañeo de un niño de pecho, tanta emoción y substancia que sería inútil relatar el sentimiento con palabras huecas sin que exista en vuestra experiencia un hueco donde encajarlas, como si de un estante suplente se tratara.

Pero con la misma Esperanza que aquél estante novicio a un segundo de acercarse a la tarima, adentrémonos en el silencio de promesa en San Lorenzo, en la majestad del Pendón Mayor de Jesús bajo

el dintel remoto de San Andrés o en el señorío del Yacente ante la puerta de la Catedral. Contemplemos la suave estampa de terciopelo encarnado del cojín donde reposan los símbolos de la Pasión frailuna. O el tierno beso que esboza el angelote mientras soporta y acaricia la mano de Cristo sobre el santo regazo de Las Angustias.

Volemos, como el águila a los pies del evangelista de Santa Eulalia, hacia al Arco de San Juan al paso de la procesión de la Esclavitud o contengamos la emoción que se tiñe de corinto y huertanía en Santa Catalina para imbuirnos a un tiempo en ese retablo barroco y mercedario en Belluga, donde se funde la piedra centenaria de Santa María con la silueta de Nuestro Padre Jesús de las Mercedes.

Degustemos el sabor de las monas y de las pastillas, dulces por su caramelo pero también por sus versos, como azúcar es la mistela y los dátiles que cada Jueves Santo ofrenda a Murcia la familia Zamora mientras compone la palmera de La Oración en San Agustín. De fondo, dos músicas celestiales: Una, las ancestrales Salves y Correlativas de los Auroros que, a

golpe de campana y de voces huertanas que antaño quebraban la coñá y el tabaco negro, ya presagian el cénit de la Pasión. Y la otra, la algarabía de mayordomos de Jesús que acuden a retirar su contraseña, ese diminuto título de doctores en nazarenía. Bullen los nueve cabildillos moraos como nueve improvisados cónclaves.

Salgamos el sábado a la Redonda donde el sol ya adormecido siluetea las palmeras. Admiremos cómo el color del cielo desciende para sufrir dulce condena en los ojos azules del Cristo de Dorrego. Azul de Pasión también encendida en el manto que arropa, al otro extremo de la ciudad y al mismo tiempo, a la pequeña Dolorosa de la Caridad. Es María que luego se convierte en Esperanza de San Pedro cuando anuncia la Pasión con sus ocho estandartes de terciopelo y oro fino.

Escondámonos tras las columnas de San Antolín para que nadie interrumpa y profane nuestras lágrimas al recibir al Perdón, que es Dios mismo quien desciende y se entrega a una multitud infinita. Una multitud apretada, como aquella que en los escalones



Continua en pregon_19_40